

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



Malen Manzaneque, *Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO 9

AÑO XCIV

OVIEDO • 2024

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones manifestadas por sus colaboradores. Sociedad Protectora de la Balesquida® y *Anuario de la Sociedad Protectora de la Balesquida*® son marcas registradas.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos

EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 3.ª planta

33009 Oviedo. Teléfonos 984 281 135 y 684 609 221

labalesquida@telecable.es | www.martesdecampo.com

Versión electrónica: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=24244>>

HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes, de 10,00 a 13,00 horas

ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y PORTADA

Malen (María Magdalena) Manzanque Rodríguez (Oviedo, 1964), *Retablo de Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024; óleo sobre tablero de madera, 58 × 43 cm (cubierta y portada). Al dorso del tablero, bosquejo de la composición.

COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo

www.krkediciones.com

IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

Índice

Salutación

José Antonio Alonso Menéndez	7
<i>Cartel de fiestas Martes de Campo 2024</i>	
Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i>	10
<i>Sociedad Protectora de la Balesquida</i>	
Junta Directiva	11

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2023

<i>Del siglo de donna Velasquita Giráldez al Martes de Campo de 1968</i>	
Miguel Ángel de Blas Cortina	15

LA BALESQUIDA: HISTORIA Y TRADICIONES

<i>La Balesquida: relatos de antaño. Unas páginas olvidadas del periodista e impresor</i>	
Eduardo Uría y Rea	
Javier González Santos	35
<i>La Balesquida (evocaciones decimonónicas)</i>	
Eduardo Uría y Rea	39
<i>Martes de Campo en Casa Noriega</i>	
María del Carmen López Villaverde	49
<i>Doña Velasquita, nuestra paisana</i>	
Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i>	55

ESTUDIOS SOBRE ASTURIAS

<i>Meteoritos, otro tipo de lluvia sobre Asturias</i>	
Manuel Gutiérrez Claverol	65
<i>A los Lares Viales. Reconocimiento y procedencia de las lápidas romanas de</i>	
<i>Argüero, tenidas por de La Lloraza (Villaviciosa)</i>	
Emilio Marcos Vallauré	87

<i>Manuel García Vior, un nuevo colaborador asturiano del Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Pascual Madoz</i>	
Enrique Pérez-Campoamor Miraved	95

ESTUDIOS OVETENSES

<i>Nuestras vecinas las sacaveras</i>	
María del Carmen López Villaverde	117
<i>Oviedo en la tarjeta postal (colección del Muséu del Pueblu d'Asturies)</i>	
Saúl Martínez Mendaro	123
<i>La copa de la Balesquida cumple cien años</i>	
Marcos García Álvarez	157

PROSA Y VERSO

<i>De mi archivo</i>	
Francisco José Manzanares Argüelles	177

SEMBLANZAS

<i>José Carlos Fernández Corte: adiós a un humanista</i>	
Álvaro Ruiz de la Peña Solar	189
<i>Peña Orni</i>	
José Carlos Fernández Corte (†)	207

NUESTRA GALERÍA

<i>Otras dos obras de encargo para la fiesta</i>	
Luis Feás Costilla	219
Tabla de anunciantes	222

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2023



Presentación del pregonero a cargo de Manuel Gutiérrez Claverol. En la mesa, José Antonio Alonso Menéndez, presidente de la Sociedad Protectora de la Balesquida y el profesor Miguel Ángel de Blas.

Del siglo de donna Velasquita Giráldez al Martes de Campo de 1968

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA
Catedrático jubilado de la Universidad de Oviedo

Llevo más de medio siglo hablando en público por imperativo profesional, por ello, sometido al turbador escrutinio de los oyentes. Pero es esta la primera vez que me veo en el papel de pregonero; harina de otro costal.

Cuando la junta directiva de nuestra casi centenaria SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALEQUIDA, supongo que convocada a «toque de *cencerru*» (lo acostumbrado, según Fermín Canella), acordó que fuera yo el responsable del pregón de las fiestas de 2023 me sentí tan honrado como agradecido; quizá no siendo en el trance muy consciente de que nuestra institución cuenta con varios miles de miembros entre los que hay muchos con méritos y argumentos más que suficientes para darle el brillo y la dignidad debida a este acto. En fin, siguió a la aceptación del compromiso el desconcierto inmediato: y ahora, ¿qué podré decir en ocasión tan formal sin que se note demasiado mi ligereza asumiendo el envite?

Lo cierto es que, aunque prehistoriador durante décadas, sentí en mi adolescencia la atracción del mundo medieval, inclinación que vino a distraer y apaciguar las incertidumbres de esa delicada fase vital. Fue una experiencia reveladora descubrir que nuestros valles laberínticos acogían muestras nada desdeñables del arte románico, asunto que, en general, no era más que un lacónico capítulo en los libros de texto de mi bachillerato, en los que siempre se aludía a lugares tan desconocidos y lejanos para nosotros como Frómista o San Clemente de Tahull. En tren, autobús o bicicleta, también haciendo autostop, solo o con algún amigo, fui descubriendo monumentos como San Juan de Amandi, cuyos capiteles perpetuaban estampas del pleno medioevo, como el magnífico de los dos jinetes con escudo, lanza y yelmo, enfrentados

en un duelo de los que sabíamos sobre todo por tantas películas disfrutadas en aquellos cines entrañables y desaparecidos.

Esa ensoñación en los denominados siglos oscuros fue realimentada por el impacto de una película británica vigorizada con el tecnicolor y el cinemascopio de mediados de los años sesenta: el relato del choque del poder temporal con el espiritual en la Inglaterra del siglo XII: la cruenta disputa entre Enrique II y Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, interpretada de modo magistral por Peter O'Toole y Richard Burton. Claro que ignoraba entonces que también aquí había terminado de forma cruenta la vida del joven don Suero Gómez de Toledo, arzobispo de Santiago de Compostela, en 1366, por orden de Pedro I, personaje terrible; para unos *cruel*, para otros *justiciero*, dando la razón a Campoamor en aquello de que «todo es según del color del cristal con que se mira».

Bajo la pulsión de los melismas del canto gregoriano, fue para mí mucho más estimulante descubrir que las dos portadas de la iglesia de San Esteban de Cíaño eran auténticamente románicas, que la impresión provocada por las complejidades del cálculo integral o las filigranas de hidrógeno y carbono de la química orgánica, cuestiones con las que tenía que bregar diariamente como estudiante del bachillerato superior en ciencias. Pero mi afición a lo antiguo no me distanciaba de mi época. Seguía con puntualidad la producción de los Cuatro de Liverpool (periódicamente descapitalizado por adquirir sus *singles* y *long plays* en Discoteca, el paraíso discográfico en la cúspide la calle de Toreno) y también los combates reiterados de Anquetil y Poulidor, o las gestas en la Vuelta a Francia de Bahamontes, Julio Jiménez y el equipo Kas.

En fin, este inicio digresivo marca ya mi primera intención que no es detallar (sería una pretensión absurda) la génesis medieval de nuestra SOCIEDAD PROTECTORA, investigada por historiadores del fuste de don Juan de Dios Miguel Vigil, del ya aludido Canella o de don Juan Uría Ríu, entre otros, pero sí fantasear con algo de atrevimiento sobre el siglo de *donna* Velasquida, el XIII, centuria crucial en la historia de nuestra ciudad.

. . .

Al conjuro de alguna imagen de entonces, me sorprende la de un día luminoso y de brisa delgada en el entorno de la basílica edificada por el Rey



La *campana* Wamba (1219), al eco de cuyos repiques se evocó la primera parte de este PREGÓN. Fotografía de Javier González Santos.

Casto bajo la advocación de San Salvador y sus doce apóstoles, aunque de esa primitiva catedral prerrománica no perciba más que un volumen velado en el que adivinar, quizá, una versión a mayor escala de la iglesia de Santullano. Algo más nítida, en su costado norte, la de Santa María, también panteón real, debida asimismo a Alfonso II, con sus tres naves, separadas por seis arcos, nitidez relativa e inspirada por la escueta descripción que hiciera Ambrosio de Morales, cronista de Felipe II, tras su visita en 1572 a la *Sancta Ovetensis*.

No sólo hay luz y colorido en esa escena: cuenta además el arrullo intermitente de unos pichones de tórtola bravía, gozosos ignorantes de que su carne blanca, tierna y jugosa iba a ser el agasajo de un afortunado habitante del burgo. Viene a quebrar la quietud matinal el ímpetu sonoro de una campana vigorosa llamando a la oración. Se impone sobre el toque de las otras con el mismo oficio de parroquias y conventos la autoritaria Wamba catedralicia, la *campana* de 833 kilogramos de bronce, sabiamente fundida en 1219 para ser alojada en la firme bóveda de la torre Vieja y acaso tañida por un superviviente de las mesnadas cristianas de las Navas de Tolosa, en

el año en que la Wamba no era aún más que la ambición de Petrus Pelagii Cabeza, un canónigo tan próspero como piadoso. Lustrada con agua, sal y óleo, lavada con agua bendita y ahumada con el incienso por el obispo, se consumaba su metamorfosis de mero objeto a *res sacra*, «cosa sagrada». Desde luego, no fue el emprendedor miembro del cabildo catedralicio descuidado en sus negocios espirituales: hendiendo el cielo, la campana proclamaba el texto inscrito en su cuerpo, inspirado en la ampulosidad litúrgica de los *Laudes galicanos*: «Cristo truena, Cristo vence, Cristo impera...», y también su propio nombre, «*ego Petrus Pelagii Cabeza, ego Petrus Pelagii Cabeza...*» en un perseverante recordatorio al Salvador.

La armónica y en buena medida precoz torre románica ya era vieja cuando tuvo que acoger el obsequio del publicitado canónigo emprendedor. Erigida en el último cuarto del siglo XI con sillares de caliza cretácica de canteras más o menos próximas, dominaba en su altura a la masa catedralicia. Desde sus ocho ventanas de arcos peraltados y grandes capiteles representando cabezas de animales, aves, bolas, hojas y entrelazos, podía divagar la vista desde el devaneo rocoso de los Picos de Europa hasta la modesta Peñamayor y las cercanas paredes bien iluminadas de Peña Careses y ya al mediodía, el Aramo, siempre enigmático, arropado por la nieve cuya blanca regularidad rompe las nervaduras roqueñas que enmarcan los abismos tajados en sus laderas.

Quizá mi atisbo de un cielo limpio (tan contrapuesto a la borrina, los grises del *orbyu* y el musgo festoneando paredes y muros en la vieja *civitas episcopal*) provenga de lo leído sobre el siglo XIII como el del apogeo del óptimo climático o Anomalía Climática Medieval disfrutado en Europa como preludio de los rigores con que en el XIV arrancarían los siglos conocidos como la Pequeña Edad del Hielo. Sería aquella centuria afortunada la de veranos secos, probablemente cálidos, favorables a la agricultura y a la vitalidad económica, incluso expandido el viñedo hasta el sur de Inglaterra, según Le Roy Ladurie, en su clásica *Histoire du climat depuis l'an mil*. Pero no debemos simplificar el pasado; todo siglo que se respete a sí mismo no tacaña con las veleidades meteorológicas y la viveza de las fluctuaciones climáticas. La larga lista de perturbaciones reunida por Pierre Alexandre (*Le climat en Europe au Moyen Age*) prueba que no todo fue bonanza en el siglo más estable; también hubo de conocer el XIII grandes nevadas, lluvias

prolongadas, inundaciones, vendavales y destrozos. En el tramo final de la centuria decrecía ya la producción agraria y aumentaba la población hambrienta, una marcha involutiva que iría a desembocar en la situación lamentada en la *Crónica* de Fernando IV de Castilla: fue 1301 año de «muy grand fambre; e los omes moriense por las plazas e por las calles...».

No obstante, es un hecho seguro que la relativa suavidad térmica del siglo XIII no vino a perjudicar a los alfayates ovetenses. Hizo el frío suficiente para vestirse con buena camisa y cálido colete bajo una acogedora capa de paño. Serían también fieles aliados de los sastres la moda y el gusto por la variedad en el vestuario, factores tan humanos como intemporales, siendo el guardarropa reflejo de la posición social de cada uno. Si el siglo XIV vio el triunfo de atuendos fantasiosos con telas preciosas y colores alegres, esa tendencia estaba siendo incubada en el XIII, una acelerada vehemencia hedonista, cristalizada después como negación al horror de la Peste Negra. Fue esa la frivolidad repudiada por los moralizadores, como aquel cronista de Plasencia que denunciaba la moda de cortarse el pelo a la francesa de los hombres, además de vestir prendas cortísimas y escandalosas. Es razonable que, en tal mudanza en los hábitos, tanto la nobleza menor local como los mercaderes y artesanos más desahogados dieran suficiente quehacer a quienes después de 1232, año de la generosa donación de *donna* Velasquita Giráldez, podían contar en caso de necesidad con el amparo de su cofradía gremial, bien distinguida por la tijera como emblema.

Las condiciones ambientalmente favorables a lo largo de la centuria propiciaron el aumento de la población ovetense, en paralelo con la germinación *ex novo* de villas y ciudades, desde el Atlántico hasta el centro-este continental. Constituye buena muestra de ese febril *crescendo* repoblador la fundación cuantiosa de ciudades en Centroeuropa, más de doscientas cincuenta en los diez años que van 1290 a 1300, según N. J. C. Pounds en su *A Historical Geography of Europe*. Acaso explique esa urgencia urbanizadora el oportuno aforismo alemán del medioevo: «el aire de la ciudad hace libre», por sentirse los ciudadanos gentes emancipadas, dependientes de su propia capacidad para sobrevivir, sin la sumisión obligada y absoluta a un señor.

No fue ajena Asturias a esa efervescencia secular. En las postrimerías del XIII habían sido fundadas ya cerca de una treintena de pueblas, las *polas*, estimuladas, reguladas y protegidas por sus respectivas cartas y fueros. Así

nacieron Gijón, Llanes, Pravia, Ribadesella, Salas, Tineo y varias más, sustentando un paisaje de concentración del hábitat hasta entonces rural; un aglutinamiento solo visible con anterioridad en los siglos romano-castreños. La acción repobladora a cargo primero de la corona (con Alfonso IX y Alfonso X) fue secundada por los obispos y el cabildo de San Salvador de Oviedo en los concejos más importantes bajo su dominio. Avilés, fundación pionera, tenía ya su fuero ya desde 1085, otorgado por Alfonso VI.

A finales del siglo de Velasquita, burguesa en la doble acepción del término (habitante del burgo y persona de solvencia económica), vivían en Oviedo, transcurriendo su quinta centuria de existencia, unas cinco mil «almas» con sus respectivos cuerpos. Personas, casas, iglesias, monasterios, conventos, negocios y lugares de mercado, más huéspedes forasteros, se hacinaban en el espacio ceñido por la muralla, esencial en momentos de inestabilidad y peligro, atributo además de la condición de urbe. Pese a ello, sabemos de una cierta porosidad del ámbito intramuros, respondiendo al modelo de ciudad semirural, donde hubo unidades de organización doméstica tipificadas por el trinomio casa, huerto y hórreo. Una provisión de Alfonso X el Sabio, informa de la existencia en 1270 de *orrios* de canónigos en la delimitación de la cerca que hoy es la calle del Paraíso. En 1220 había otro frente al monasterio de San Vicente, al lado de donde ya, acabándose el siglo XII y junto a la iglesia de la Corte se erigía otro con sus *figares* y corrales. Eran ya viejos tales rasgos de la agrociedad: debutando el siglo XI recibía como donativo el monasterio de San Vicente una casa con hórreo y huerta junto a San Tirso. También ocupaban parte del suelo los cementerios parroquiales, los de San Tirso y San Juan, al menos; con las sepulturas al exterior, en la tierra para el común de los feligreses, dentro de las iglesias, *apud sanctos*, para los privilegiados. En San Tirso, precisamente, sería inhumada nuestra fundadora.

El agobio de un espacio urbano reducido y factores económicos diversos provocarían la expansión fuera de la cerca. Es el caso del barrio extramuros de Socastiello (hoy, calle de Argüelles), denominado como referencia a su ubicación próxima al alcázar de Alfonso III el Magno (en la actual plaza de Porlier). Fue el vetusto *castiello* erigido para defender las riquezas y reliquias de la Cámara del Tesoro de San Salvador de los «piratas navales paganos» (*navali gentilitas pirato* se aclara en la lápida conservada en el crucero de la

catedral). No podía ser más acertada la cautela del rey Magno cuando entre 879 y 892 llegaron al cénit las correrías de aquellos devastadores vikingos que habían destruido las murallas de la Sevilla omeya en 844 y tomado Santiago en 858 durante el reinado Ordoño I de Asturias. Se explica por ello que naciera en siglo tan precario la acuciante plegaria *a furore Normannorum libera nos*. Al cabo, los vikingos no llegaron a Oviedo, quizá presintiendo lo que les esperaba en San Salvador, ya que tanto la *Cruz de los Ángeles*, del año 808, como la de la *Victoria*, de 908, advertían sin rodeos en sus respectivas inscripciones que quien atentara contra ellas sería fulminado por el rayo divino (*fulmine divino intereat*).

Fueron, pues, asentamientos exteriores de burgueses los enclaves en descenso de la colina de Ovetao, de la Gascona y de la cuesta de la Nocea. De aquella sociedad nos llega a través de las actas del Concejo una nutrida información sobre la fisonomía sociolaboral de la villa episcopal en la centuria de Velasquita. Sabemos con sus nombres, en años sucesivos, de diecisiete carniceros, veintiocho zapateros, treinta y un *pelliteros*, treinta y ocho herreros, treinta y dos entre pedreros y carpinteros, cincuenta mercaderes y tenderos, además de treinta y seis cambistas. Claro está que el esquematismo numérico oculta una mayor variedad en las ocupaciones señaladas; entre los *pelliteros* (pellejeros), quienes trabajaban el cuero para hacer botas, odres, albardas..., estaban además los diferenciados como *correros*, duchos en el arte de dar suavidad y lustre a las pieles destinadas a la guarnicionería, calzado o encuadernación, y los *vaineros* (quizá fabricantes de vainas para armas y otros elementos que requerían resguardo). Entendemos el número de *pelliteros* como ajustado a una actividad fomentada tanto por el desollado de reses sacrificadas como por las pieles aportadas por la caza, la copiosa mercancía registrada con la explícita denominación de *salvajina*. La ciudad dominaba un territorio pródigo en fauna cinegética. En 1147 el sajón Osberno, presbítero y cruzado cuya nave rumbo a Jerusalén encontró refugio del temporal oceánico en Gijón, aludiría en su crónica a la *ferarum venatibus* de una región que desconocía, informado de que en sus bosques abundaban los ciervos y otros animales venatorios.

El concejo prohibiría en 1287 a los artesanos del cuero tener su necesario *forno* intramuros. Lo situarían por ello en el Rosal, fuera de la cerca, «porque algunas vegadas ovo enna villa de Oviedo peligros de fuego». También



Caserón de la calleja de la Ciega (Oviedo), dibujo del Eugenio Tamayo (Gijón, 1891-San Sebastián, 1972), publicado en *La Balesquida*, año II, número 2 (Oviedo, 1931, pág. 11).

preocupaba el almacenamiento de hierba y paja. Los incendios fueron con justicia uno de los temores en las urbes medievales; al menos la quema de dos casas en la Gascona (Águila, actual) dejaba libres sus solares en 1278. Es muy probable que bastantes edificios fueran de madera, abundando en la comarca los carbayedos y castañedos, estos últimos esenciales en la perenne lucha contra el hambre, la inextinguible realidad estructural.

De vuelta a los oficios, simplificar el trabajo de los herreros al de meros productores de aperos de labranza y otras herramientas, o de herraduras que ya eran entonces comunes, sería ignorar la demanda de puntas de flecha, de jabalinas y de lanzas para la caza; también la de cepos dentados para las capturas pasivas. En algún caso los apellidos de estos artesanos esenciales refieren su procedencia, como el herrero Johan Guillélmiz Abillés, documentado en 1264, o el del *cutillero*, otro especialista del forjado del hierro para cuchillos y acaso espadas, Johan de Colloto, consignado en 1239. El elenco de actores económicos contaba además con los albergueros, tanto de hospedaje retribuido como caritativo, atendiendo los primeros a los mercaderes con su séquito y a los romeros a San Salvador con recursos; a los peregrinos, pobres y enfermos, los segundos.

La burguesía, el segmento social de las gentes que no se dedican a la actividad rural, así denominada por vez primera en el fuero de Jaca de 1063, ya desde el siglo XII venía nutriéndose de extranjeros, en particular de francos; el mismo apellido Giráldez de *donna* Velasquita, tendría su origen en el belga-francés Gerald. Fueron inmigrantes que como los ovetenses «de siempre» buscaban su inserción en los centros de poder socioeconómico. Hay pronto francos que como el arcediano Mariscoth, el canónigo Brunetus o el chantre Albertino (en 1157, 1197 y 1199, respectivamente), eran ya en el siglo XII miembros del cabildo de la catedral, el órgano de poder temporal y de dominio espiritual. Burgueses e integrantes cuantiosos de la clerecía requerían gremios activos que dieran satisfacción a sus múltiples exigencias. Al considerable número de integrantes de las cuatro casas religiosas y de las parroquias ovetenses, San Tirso, San Juan, San Isidoro y Santa María la Real de la Corte, se añadía el cabildo de San Salvador que en el recuento del obispo don Juan de 1212, reunía a cincuenta canónigos más veinticuatro racioneros; setenta y cuatro cuerpos que alimentar diariamente. Pero había además otros fuera de cómputo a los que mantener. Aparentemente no eran

muchos los canónigos amancebados en el siglo XIII, «oficialmente» solo siete. Sin embargo, en la documentación conservada aflora sin estridencias una estimable prole: a los sobrinos sospechosos se agregan *mulleres y compañeras*, descubriendo, tantos estómagos que saciar, la disimulada incontinencia sexual de canónigos y dignidades.

Así, con unos y con otros, Oviedo se iba convirtiendo en una floreciente *civitas episcopalis* que requería para su prosperidad toda clase de servicios. Es probable que las órdenes monásticas utilizaran un vestuario limitado y duradero, pero no así la plantilla catedralicia y parroquial, tanto en ropa de calle como en el variado y con frecuencia costoso revestimiento litúrgico.

Del abigarramiento de quienes fabricaban, construían y comerciaban, podían librarse los que gozaban de la quietud de los claustros, en particular del románico de la catedral, enriquecido con bajorrelieves de cuerpo completo de san Pedro, san Pablo o san Nicolás, la sucesión de arcos de medio punto y los motivos instructivos o meramente ornamentales de los capiteles que los soportaban. Del mismo recogimiento claustral disfrutaban los benedictinos de San Vicente, las monjas de San Pelayo y de Santa María de la Vega. Hacían posible aquellos patios recoletos la lectura sosegada, el cultivo del latín y quizá algún *scriptorium* donde conjugar la letra depurada y la iluminación policroma inscritas en pergaminos.

En realidad, la calma claustral no vedaba tensiones seculares. El XIII fue un siglo pródigo en disputas entre los estamentos civil y clerical, entre papas, reyes y emperadores, conflictos cuya versión ovetense protagonizarían en 1294 el alcalde Alfonso Nicolás y el deán de la catedral don Fernando Alfonso. Un violento Nicolás acompañado de su gente armada derribó de su caballo al canónigo, arrastrándolo después por el lodo, saqueando sus casas e hiriendo a un clérigo de su confianza. Como trasfondo estaban las cuitas habituales y una orden ineludible de Sancho IV. Violencias de este jaez eran endémicas siendo el monarca la versión extrema del dominio en un ecosistema en el que la salvaguarda del honor viril constituía la medida absoluta de la conducta, vigente desde la corte principesca hasta la menor aldea.

En la fantasía de una perspectiva casi cenital, se advierte en La Rúa a algún peregrino pronto a postrarse ante la estatua en piedra de un Salvador hierático y portador del globo crucífero. De romeros sufridores de mil peripecias que, al igual que en Lavacolla para entrar en Santiago, cedían su

inmundicia a las aguas purificadoras del precario río Gafo. Los ladridos de los perros se confunden con la cadencia campanil del martillo del *ferreru* sobre el yunque y el ronquido inconfundible de los carros chillones de ejes de madera sin engrasar trajinando piedra para la construcción de la Sala Capi-tular catedralicia, proyectada bajo el renovador influjo gótico ya tibiamente inaugurado en 1246 con la capilla funeraria de los Alas, en Avilés, la villa portuaria cercana a Oviedo. También hay trasiego de piedra de las canteras locales para la ampliación de la muralla, mientras alguien guía al burro en cuya albarda se enredan los cuernos de ciervo recolectados en los bosques tras el desmogue anual. Astas de venado para enmangar cuchillos, lograr botones firmes, modelar peines y peinetas, agujas y prendedores. Alguien más, lleva con esfuerzo un *paxu* grande en el que sobre una cama de helechos frescos reposan salmones plateados que poco antes nadaban libres en un Nalón caudaloso.

Asciende el humo de las cocinas, de los hornos panaderos, de las fraguas; cada estela azulada o grisácea con su olor peculiar, y también el hedor del cucho y de las heces humanas y animales, de las aguas corrompidas, mientras que las campanas de la ciudad, también las de los monasterios de la Vega y del convento de San Francisco, ambos a extramuros, compiten por encuadrar el tiempo, reclamar los rezos pautados y fragmentar el día.

. . .

Hay en este pregón, como se sugería al principio, una segunda parte. Queda atrás la cerca, con el barrio extramuros de Socastiello a la derecha, emprendido hacia el sur el suave descenso que lleva al convento de San Francisco. Como en una proyección cinematográfica se produce un fundido en negro; después la memoria sustituye a la imaginación, aquel archivo arbitrario que en edad vetusta recupera con mayor nitidez los recuerdos más viejos. En la nueva secuencia caminamos varios amigos por la calle de San Francisco, dejando atrás la Universidad valdesiana, todavía sede las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, Casa Tuto, con su ambiente de chigre ancestral y sus celebrados pinchos de tortilla, la Viuda de Basilio, dominio de las patatas bravas, ultramarinos Cuesta, en un agradable edificio a la francesa con mansarda, cubierta de escamas de pizarra y torrecilla con adornos, al-

canzando el Bar Azul donde, según la leyenda más o menos fiel a los hechos, todavía a principios de los sesenta regalaban percebes a los clientes como acompañamiento del vermú. Alegraba aquel tramo, ya en La Escandalera, el pingüino marmóreo de la heladería Los Italianos, con fotos en las paredes de los Alpes Dolomíticos donde, en uno de sus alegres valles, había nacido el fundador del negocio. Había además una placa discreta junto a un portal de la academia de idiomas IFA, propiedad de un holandés flaco y agitado cuya extradición fue solicitada a mediados de los ochenta al gobierno español por el de La Haya. Miembro de las SS hitlerianas, era requerido por crímenes de guerra, atrocidades que sentíamos tan terribles como lejanas en el tiempo, aun cuando sólo estábamos en el 5 de junio de 1968, prestos a celebrar el Martes del Bollu.

Íbamos, pues, camino del Campo destemplados y macilentos tras una noche de estudio, mejor, de duermevela, de cafés, dudas y el tufo de un tabaco negro y leñoso que un condiscípulo fumaba con la tradicional pertinacia de un carretero. Se celebraban los exámenes finales, uno tras otro en pocos días, casi sin respiro. A la altura del monumento escultórico en el paseo de los Álamos (en el que un familiar mío, buen fisonomista, ve un disimulado homenaje a Stalin), nos fueron orientando los compases familiares de *Villaviciosa hermosa...* que en el Bombé tocaban Los Carbayones, la *bandina* de dos gaitas, creo, un tambor y un bombo discreto, ataviados con la versión del traje regional masculino fijada con rigor militar por las dirigentes de Coros y Danzas de la Organización Sindical Educación y Descanso: calzón y chaleco negros, camisa y medias blancas, faja roja y montera picona estándar de pico tieso. ¡Quién sería capaz por entonces, ni aun en el más creativo de los delirios, de imaginar que, décadas más tarde, gaitas, policromía en el vestuario, tambores y bombos *a esgaya* proliferarían hasta cuajar en algún caso en verdaderas *Gaiten Divisionen* con las que, enardecidos, bien podríamos invadir Andorra!

Vivíamos una fresca mañana de junio, de atmósfera húmeda que en el Campo encerraba un aroma de frondosidad al que se imponía el perfume sutil de los setos y macizos de boj, de hoja pequeña y acerada. Eran todavía los suelos de tierra, de parque, permeables, a los que después vino a sepultar la riada de hormigón desbordada por paseos y veredas.

Coincidiendo con otros conocidos cerca del busto de Clarín, alguien propuso que cantáramos el *Gaudeamus igitur* ante el agraviado monumento al autor de *La Regenta*. Todos conocíamos la melodía, solo algunos la letra (por lo menos hasta la estrofa del *nemini parceretur*: «a nadie respeta» la muerte), quienes un día del invierno reciente nos habíamos encerrado precisamente en el aula Clarín de la Universidad como protesta por la detención policial de tres jóvenes directores de cine: Drove, Gil y Costa, acusados de la exhibición intolerable de alguna idea contaminante. Bullía el aula de profesores y alumnos, convocados estos últimos por la Cámara de Facultad, órgano estudiantil que ya en la definitiva descomposición del oficial Sindicato Español Universitario se componía, tras libre votación, por los representantes electos de cada curso.

Entre la niebla casi compacta del humo de los cigarrillos y el entusiasmo de los presentes por su desafío a la autoridad gubernativa, con el rector como intermediario con aquélla, se animó Carmen Codoñer, catedrática de latín, a escribir en el encerado el texto del cántico goliardo extrañamente consagrado por la Academia. Así, letra en mano, cantábamos el *Gaudeamus* cada hora tras las campanadas del reloj de la torre universitaria. En el patio, con el coro improvisado al pie de la estatua bronceína de Valdés Salas, obraba el claustro cuadrangular de eficaz caja de resonancia quebrando el silencio de la noche, escandalizando a unos vecinos desconcertados por el dispositivo policial entorno a una universidad en penumbra, cerrada a cal y canto.

Estaba en aquel año 68 en plena marcha el desarrollismo económico iniciado en 1959. El parque automovilístico español había alcanzado por fin, gracias al Seat 600, el número de vehículos en circulación en 1936, lo que presagiaba un mal futuro para tanto caballo, mulo y burro que habían venido realizando en los sombríos lustros autárquicos el esforzado arrastre de carros y de otros artefactos con ruedas.

La OTAN, que nos era ajena, declaraba su inquietud por la revuelta de mayo en París donde, así lo veía la organización militar aliada, estaban siendo desbordados los moderados comunistas de obediencia moscovita por los revolucionarios prochinos. Mientras tanto, en la calle de Uría se reunía la segunda y última manifestación estudiantil contra la guerra de Vietnam, convocatoria que un «popular» y diligente comisario jefe decidió disolver

con su habitual entusiasmo, el suficiente reparto de toletazos y algunas detenciones.

Con menos ruido recibían su condena cuatro asturianos de las Comisiones Obreras, así lo resumía *La Nueva España*, que costaba entonces tres pesetas, por labores de proselitismo en la cuenca del Caudal. A uno de ellos, el malogrado Juan Muñiz Zapico, lo condenaban a un año de prisión menor y diez mil pesetas de multa por el reparto de papeletas llamando a la huelga general el 27 de octubre de 1967. Era una sentencia llamativa por lo chocante, cuando por distribuir propaganda política con sensata discreción a varios estudiantes de Filosofía y Letras y de Derecho del curso 67-68 les adjudicaron los tribunales hasta tres años de presidio.

Fue, pues, 1968 año de activismo político, de rebeldía y mantenida represión gubernamental, de deseos de cambio y de una modernidad que, así parecía, se iba sustanciando en otros frentes. La carretera de Mieres, la después conocida como «de los túneles», con su anchura y arces del plan REDIA (Plan de Mejora de la Red Especial de Itinerarios Asfáltico), era esperada con impaciencia. El mismo Franco llamaría en mayo al gobernador civil quien debía de asegurarle su inauguración antes de agosto. Tampoco al dictador le causaba placer el tramo Oviedo-Mieres, o viceversa, subiendo o bajando el Cementerio, El Calderu, San Esteban de la Cruces, la Cuestona de la Manzaneda, las temidas revueltas del Padrún y la más tendida Rebollada.

Era aquel Oviedo el de los doce cines. Al Ayala, Real Cinema, Aramo, Campoamor, Toreno, Principado, Filarmónica, Santa Cruz, Fruela, Roxy y Asturias vino a sumarse en el otoño anterior el Palladium, en Pumarín, de un piso único, sin *gallineru* y con butacas espaciosas y cómodas, filas desahogadas y una ligera pendiente del suelo que hacía más visible la amplia pantalla. Fue pronto santuario para cinéfilos. Se proyectaban películas diferentes a las hasta entonces vistas, incluso ideológicamente en el filo de lo tolerable para la curia y el régimen. De vez en cuando también se colaba algún *callu* memorable ingerido a base de solidaria disciplina. A la salida de cualquier estreno con la asistencia del «quien es quien» local eran habituales el intercambio de miradas de inteligencia y el silencio cauteloso: ¡a ver quién era el valiente que arriesgaba el primer comentario...! Fueron años que, según dónde, exigían estar al tanto de la obra y teorías de Freud o Jung, por supuesto de Marx y Engels, también del hoy postergado Herbert Marcuse

y su denuncia del carácter represivo de la sociedad burguesa, o de Wilhem Reich y su revolución sexual; en fin, de haber picoteado textos estructuralistas de Lévi-Strauss, de la lectura de las clandestinas publicaciones parisinas de Ruedo Ibérico... Tampoco cabía, volviendo a las películas, desconocer la doctrina, aunque habitualmente no pasaran por nuestras manos, de los reverenciados *Cahiers du Cinéma*, ni mostrar asomo de duda sobre los méritos de la *Nouvelle vague* francesa que pronto perpetraría ataques al buen sentido tan contundentes como *La rodilla de Claire*, entrega innecesaria (y sin embargo premiada) de un tedioso Éric Rohmer.

En fin, un Martes de Campo aquel del 68 recuperado por los antojos de la memoria, el mismo capricho que selecciona de esa época la minifalda y los pantalones de pata de elefante o la discoteca Canary que en Foncalada, a pocos metros de la fuente altomedieval, contaba con *gogós* bailando faldicortas dentro de una jaula al son del *Black is black* de Los Bravos. Pero con nuestro raquíptico presupuesto era mucho más probable que acabáramos la tarde, digerido ya el *bolllu preñau*, en el viejo Cechini de la calle de Mon, paradero de pintores, escultores y poetas en ciernes. Era todavía un chigre de aquellos de entrada en descenso, oscuros y de paredes ennegrecidas, descritos sin clemencia por Ramón Prieto Pazos y José María López Doriga en las *Siluetas ovetenses* de 1889; el lóbrego y concurrido figón donde compartir una botella de lo que aceptábamos sin aspavientos como vino, con suerte unas lonchas de cecina apartando la vista de las manos que las cortaban y cánticos a coro, en general desentonados, a veces con la compañía de cualquier guitarra indulgente. Al fin y al cabo, el Cechini había tenido su esplendor bastantes décadas antes y clientes tan ilustres como don Juan Uría Rúa o Eduardo Martínez Torner quien tanto debería en su orientación musicológica al ilustre historiador; éste, don Juan, también intérprete excepcional de vaqueiras y maestro reconocido del silbido.

Oviedo seguía, tras el desarrollista Plan de Ordenación Urbana de 1967 proyectado por el arquitecto Javier de Mesones, la secular expansión extramuros iniciada en la baja Edad Media, crecida la población entre 1960 y 1970 en un abultado 21 %. Es mucho más dilatado el crecimiento reciente, pero lo nuevo pierde bastante de su sentido si conlleva romper con las raíces, desatendiendo lo bueno preexistente. Ningún proyecto justifica abandonos y destrucciones bajo móviles espurios. Habría que hacer lo necesario

para que los ovetenses pudiéramos llegar a nuestro Martes de Campo de 2024 pisando un paseo de los Álamos decoroso, restaurado el mosaico que fue orgullo de la ciudad y hoy ruina impúdica.

Por fortuna, la *campanona* Wamba, seguirá tañendo con la misma musicalidad que la que disfrutaría *donna* Velasquita en sus últimos lustros, lo que no deja de ser un inadvertido prodigio.

Finis venit. Cumplido este pregón divagante, me apropio, recordándola, de la despedida habitual en sus artículos de prensa del añorado Pepe del Ferreiro, hijo de Benigno del Ferreiro: ¡*Haxa salú!* Y añadido: ¡feliz Balesquida para todos!

Post praeconium

Decía don Juan Uría que cada uno sabe un poco y entre todos lo sabemos todo (lo que se sabe). Siendo esa la realidad, lo expuesto encuentra su fundamento en la lectura confortante de los estudios del propio Uría Ríu, Ignacio Ruiz de la Peña, Soledad Suárez Beltrán, María Álvarez Fernández, Joaquín Manzanares, Francisco de Caso y Etelvina Fernández, como obras fundamentales entre otras diversas. Hubo además alguna charla-consulta con Miguel Calleja Puerta y Javier González Santos. *Vale.*

Oviedo, 23 de mayo de 2023



EL NOVENO NÚMERO DEL
ANUARIO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQLIDA
SE ACABÓ DE COMPONER EN LA EDITORIAL KRK,
EL VIERNES, 22 DE MARZO, CUANDO CONMEMORAMOS
EL PRIMER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DEL
ILUSTRE ASTURIANO
DON FERMÍN CANELLA Y SECADES
(1849-1924),
DE IMPERECEDERO RECUERDO.

Pro patria, pro moribus
OVETO, A. D. MMXXIV

*...mon père devait sa passion des archives au chagrin d'être né
sur une planète en voie d'extinction.*

[... mi padre debía su pasión por los archivos a
la pena de haber nacido en un planeta en vías de extinción].

Caroline Lamarche, *L'Asturienne / La Asturiana*, 2021
(de la traducción española: Krk Ediciones, Oviedo, 2023)